

JOSE JULIO OLMOS RODRIGUEZ

LA EXPERIENCIA DE JESUS EXPERIENCIA DE TOTALIDAD

- 1.- De la Idea de Dios a la Experiencia de Jesús.
- 2.- La Experiencia de Jesús, experiencia transpersonal.
- 3.- La Experiencia de Jesús, una experiencia que transforma.
- 4.- Del Jesús Crucificado, al Jesús Resucitado.
- 5.- El Mensaje de Jesús, mensaje del Reino de la Bienaventuranzas.

Este trabajo es el fruto de la reflexión de años de experiencia personal, en la que mi encuentro con el mensaje de Jesús marcó y sigue marcando mi ser y estar en el mundo.

Es un trabajo que parte de la experiencia de la fe, de la lectura y vivencia del Evangelio de Jesús, y de mi experiencia y paso por la institución eclesial, a la cual agradezco todo lo que me aportó y la censuro todo lo que secuestró.

El presente trabajo quiere ofrecer desde la humilde experiencia de este caminante, una lectura actual de la figura de Jesús, aquel hombre que vivió hace ya unos cuantos años, pero que su mensaje sigue hoy día vigente, pues este no es otro que el de ayudarnos a ser personas, siendo El, espejo en el que podemos mirar, desde lo más profundo de nuestro ser personal.

Intentaré en todo momento que este trabajo sea el relato de una experiencia, puesta en palabras, por lo cual pido disculpas al lector, si en algún momento no llego a hacerme entender.

Y para terminar este pequeño prólogo, decir que no podemos olvidar, que la figura de Jesús la conocemos a través de los evangelios, textos elaborados desde la experiencia de aquellos que le conocieron, por lo que no debemos quedarnos en el mensaje literal de lo que se nos narra, sino que debemos ir un paso más allá, entendiendo y haciendo nuestra la vida transpersonal de Jesús, esto es, no quedarnos en el hecho físico de los milagros, de si curó o no curó enfermos, o resucitó personas, sino de que su paso por este mundo nos enseñó el camino para la Vida plena que no es otro camino que el del Amor.

1.- De la Idea de Dios a la Experiencia de Jesús.

¿Se plantea el ser humano a su paso por este mundo la pregunta sobre la existencia de un ser superior como creador de todo?

¿Es necesario hacerse esta pregunta de manera racional?

¿Qué conlleva hacerse o no esta pregunta?

¿Crear en un Dios, nos relaciona necesariamente con una religión?

Parto de la base de que vivo en el mundo occidental, con su planteamiento racional, en el que estamos inmersos desde hace muchos siglos y en el que la dualidad de nuestra existencia marca todo nuestro pensamiento.

Desde aquí me atrevo a decir que la racionalización de la pregunta acerca del "más allá", (ya solo el término tiene miga), de la pregunta sobre Dios, ha llevado al pensamiento, en términos generales a poner el concepto, la idea fuera del sujeto, como algo alejado a su persona y experiencia, como algo inalcanzable, o como una meta alejada y difícil de conseguir, que no tiene nada que ver con la realidad del vivir el día a día.

Para después, desde esta posición, crear toda una estructura de pensamiento y desarrollo de ideas éticas o morales, ajenas al individuo e impuestas por un Dios concepto, manejado por los poderes absolutos de los reyes bienpensantes y de las religiones moralizantes.

La idea de un Dios lejano, ideal, perfecto, magnífico y todopoderoso, que me vigila y me dicta mis normas y pensamientos, (las normas y pensamientos de los mercaderes de la religión), para poder de esta forma manejar y manipular al individuo que se ve ínfimo ante ese Dios omnipresente y que no me deja pensar ni sentir.

Desde este posicionamiento, la experiencia religiosa se queda en mi caso en una experiencia vacía de contenido, pues se reduce al cumplimiento de unas normas de carácter ritual, si ningún sentido para mi vida, siendo mi vivencia religiosa algo puramente formal de "cumplir" con unas normas morales y prácticas religiosas, de las cuales ni entiendo ni siento nada con ellas.

Y esta forma de concebir la religión creo que es fruto de la dualidad instalada en nuestro pensamiento occidental, de que el pensamiento va por un lado, y la experiencia por otro y de que el pensamiento es todo

lo relacionado con lo mental, el cerebro, lo racional y la experiencia lo relacionado con las emociones, la experiencia de lo tangible, de lo que nos sucede, de lo que vivimos.

Desde esta dualidad es desde donde, además, nos vemos en la necesidad de "justificar" la existencia o no de Dios, dar explicación de experiencias del tipo religioso, o trascendentes y racionalizar todo aquello que procede del mundo de las emociones como si estas no fueran aceptables en sí mismas y por ello, necesariamente racionalizadas para darles categoría de "racionales" en cuanto que pensadas y de este modo justificadas.

Sin embargo, frente a esta vivencia dual, sentimos la necesidad de entender la existencia de forma única, totalizante y unificadora de nuestro ser, por lo que surge esa Idea de Dios Total, al que adjudicamos las categorías mentales de nuestro ego, expresadas en términos mayúsculos como AMOR, VERDAD, JUSTICIA... como si en nuestro interior no existieran esas categorías absolutas y las tomáramos del exterior.

No debemos olvidar nunca el contexto de la figura de Jesucristo. El es judío, y vive en la época de la invasión romana de la cuenca mediterránea.

Como buen judío, conoce las costumbres y creencias de su pueblo, el cuál soporta estas desde la Torah y la historia de su pueblo que leemos en el antiguo testamento.

Desde esta perspectiva, Jesús lo que nos quiere transmitir para que vivamos en plenitud nuestra existencia, no es otra cosa que ser capaces de dar un paso en la evolución de nuestra consciencia.

Su mensaje para aquella época fue revolucionario, en mayor medida que para la nuestra, por que chocaba de frente con las instituciones vigentes, con los ritos de su tradición y con los grandes conceptos del pensamiento del momento. No olvidemos además, que el manejar todos estos temas era exclusivo de las personas doctas.

Pero como gran maestro y conocedor de la persona, el nos quiere transmitir que el individuo tiene el poder del cambio de sí mismo, el poder de crecer por sí mismo para así crecer para los demás, y el poder

de ser feliz en su existencia si es capaz de mirarse hacia dentro para salir al encuentro de los demás.

Jesús nos acerca a Dios frente a la idea de ese Dios alejado, justiciero, vengador, un tanto bélico y exclusivo del pueblo de Israel, que podemos descubrir a veces en el Antiguo Testamento (no olvidemos que los autores del Antiguo Testamento, ponen por escrito su experiencia de vida), mediante cambios tan significativos como dirigirse a Dios con el término Abba, que traducido a nuestro lenguaje sería Papá o Papaíto, o haciendo su propia relectura del Libro, mostrando ese otro Dios.

El cuida su mensaje, cuida la forma de transmitir la experiencia y procura no comparar si este es mejor que aquel, Jesús no juzga (no juzguéis y no seréis juzgados) y si lo hace es, para hacernos ver mejor cual es el camino correcto, no para destruir al otro.

Llama poderosamente la atención como Jesús realizó antes de comenzar su vida de predicación pública, el paso por los cuarenta días en el desierto. Evidentemente este hecho nos lo relatan los evangelistas, pensemos que después de conocer a Jesús y que lo recogen por lo importante que les pareció.

Y es así porque nos transmite la importancia del encuentro con uno mismo en profundidad, para descubrir nuestra propia mismidad, aceptar e integrar la soledad y la individualidad que todos llevamos dentro, y enfrentarnos a nuestra mente para conocerla y controlarla.

Jesús es guiado por el Espíritu, se dice en el relato. Jesús está abierto en su persona a la totalidad, a esa experiencia de unidad con la Existencia, el sabe y tiene la experiencia desde su tradición de que el hombre es unidad, incluso en arameo (lenguaje de Jesús) no existen palabras distintas que hablen de cuerpo y alma en la persona.

Ese Espíritu es fuerza, luz, camino y el diablo no representa más que a la mente en su forma de enredar y controlar el pensamiento, y se nos dice como le tienta en tres ocasiones por el hambre, el poder y la vanagloria.

En una lectura limpia de miradas preconcebidas, exenta de dogmatismos (que es en definitiva lo que se ha transmitido, y no el mensaje puro de Jesús) descubres que el mensaje del Evangelio nos transmite esa visión del hombre, de la unidad de su ser, en este caso utilizando la imagen de un Dios Padre bondadoso, protector, que vigila de sus hijos, les ayuda a crecer con sus palabras y sus hechos, sacando de uno mismo lo mejor que tenemos para alcanzar la unidad de mi persona que no es otra que la idea significativa y mayúscula que de mi

mismo tengo y que veo reflejada en Jesús, Buda, Alá o ninguna figura concreta, o el Universo entero.

Y yo pregunto ¿qué más da ponerle o no ponerle nombre a esa realización, si todos ellos, a lo que me conducen es a la perfección de mí mismo?

Además, cuando te acercas sin prejuicios a los mensajes de los maestros espirituales, y de los que han seguido su camino, descubres el mismo mensaje, expresado de diversos modos y vivido según las culturas, y épocas, pero todos ellos mostrándonos el camino inequívoco hacia la unidad de la existencia de uno mismo.

Quiero insistir en este punto, en la idea de la unidad de la persona, rompiendo con pensamientos y conceptos establecidos, los cuales son difíciles de superar. Para ello. Voy a intentar poner un ejemplo de la experiencia de todo ser humano.

Cuando uno es capaz de ponerse frente a una puesta de sol, un cuadro, una actuación sublime de teatro o cine, ante un buen libro de poesía o prosa, y deja que TODO SU SER, se empape de dicha experiencia, ¿dónde empieza lo racional y termina lo emocional y viceversa ?

En estas situaciones experimento todo a la vez, siento, vibro, río y lloro, me experimento en mi totalidad, y disfruto.

Y Jesús que lo sabe, nos trasmite esta idea, utilizando múltiples ejemplos y parábolas para hacérselo entender. El problema se produce si nos acercamos a la lectura de esos ejemplos y los leemos como unidades en sí mismas.

La lectura de los Evangelios debe ser una lectura globalizadora, totalizadora, pues si no, nos aparecerá la imagen de un Jesús curandero, charlatán, fanfarrón lejos de nosotros y con un mensaje vacío o fuera de lugar.

Pero si la actitud es la de experimentar lo mismo que la puesta de sol, descubriremos un relato de Vida Plena realizada en una persona, que me asombra, deslumbra, me hace sentir placidez, me emociona, me **DESCUBRE A MI MISMO**, desde lo mejor de mí mismo para los demás.

Todo está en El y Todo está en mí.

Por eso Jesús utiliza tanto, imágenes como la de “hacerse como niños”, “volver a nacer”, o personaliza símbolos, para hacer entender su mensaje. Su poder es la palabra, y la palabra sana, porque ayuda a que el sujeto se encuentre consigo mismo

Nos muestra la atención plena de forma sencilla, clara y cotidiana, y nos lo muestra en el vivir del día a día.

Permanentemente se relatan pasajes en los que Jesús se dirige a personas que aparentemente el no ha reconocido, o personas que el siente su presencia entre la muchedumbre. Pero no tanto son estos hechos, cuanto sus palabras, en lo referente a lo que el día a día nos trasmite, el mensaje permanente de la vida que vivimos.

Es el mensaje del ahora, del poder del ahora que diría Tolle, en expresiones como “ No andéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer o a beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿ No vale más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido?. Y continúa diciendo “Fijaos en los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan; y sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellos? Y ¿ quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?

Continúa el pasaje y termina diciendo que vuestro Padre sabe nuestras necesidades. Nos invita a buscar y hacer que reine la Justicia, y el resto se nos dará por añadidura. Que no nos agobemos por el mañana pues cada día trae su propio agobio.

Esto es el Aquí y el Ahora, el instalar nuestra mente en el presente, que es lo único que existe, ni el pasado (“aquel que pone su mano en el arado y la mirada atrás no es digno de mi”), ni el futuro que es una proyección mental, nuestra imaginación a pleno rendimiento, el cuento de la lechera.

Jesús nos invita a vivir en esa atención y así sus palabras recordando a las del profeta Isaías, explicando por qué habla en parábolas: “por esa razón les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Se cumple en ellos la profecía del profeta Isaías:

Por mucho que oigáis no entenderéis,
Por mucho que miréis no veréis
Por que está embotada la mente de este pueblo....

Esta es la dureza de corazón de la que habla Jesús, invitándonos a la apertura plena, a no estar aferrados a nada ni nadie, estando

plenamente atentos al devenir constante de nuestra vida, a ese camino que es el propio Evangelio (Eu-Angelon), Buena Noticia, porque nos hace Ser plenamente y Vivir conscientemente.

Y el Ser que es no es otro que la suma de todas las bondades que el ser humano posee y no es capaz de desarrollar por la estructura personal que nos configuramos y nos configuran desde pequeños.

En Jesús vemos el Amor pleno entregado gratuitamente, la Libertad de Espíritu que le permite enfrentar su vida en plenitud, un Jesús que habla de un Dios que reconoce como "Yo soy el que soy". Un Dios Unidad y no dualidad. Un Jesús que nos muestra el camino de superar nuestra limitación mental, para llegar a la experiencia de la Unidad.

En Jesús se nos revela la imagen de Dios, de un Dios Padre, que abre su casa para que volvamos todos como el hijo pródigo que vuelve al descubrir su limitación. Y se encuentra consigo mismo y descubre toda la Bondad, Gratuidad, Libertad del Padre, su propio espejo, él mismo.

Permanentemente, con sus milagros y sus parábolas lo que se nos muestra y se nos revela no es otra cosa que la necesidad de entrar en nosotros mismos para descubrir que es en nuestro interior donde encontramos nuestro ser esencial, imagen de quienes nos han precedido en la experiencia de trascender, atravesar, superar la mente y descubrir que somos la unidad del ser. Con las curaciones, se nos dice que el sujeto sanado vuelve a su estado inicial del ser que es, ya sean curaciones físicas o del espíritu. El individuo vuelve a su estado esencial.

Y con las parábolas sucede lo mismo. El hijo prodigo que vuelve al padre, el hombre que construyó su casa sobre roca y nada ni nadie la derribó, la semilla que cae en terreno fértil y da fruto del ciento por uno.

La necesidad de hacernos como niños, que viven el ahora, no saben de la dimensión temporal, su intuición es su dimensión total y su creatividad es su esencia.

Todo el mensaje escrito por los que vivieron con Jesús, que en algunos casos no supo entender y que por ello hoy seguimos intentando desvelar, no es otra cosa que el hacer cada uno nuestro camino ayudados por esa imagen que es Jesús, que sí hizo su camino y que me mostró cómo hacerlo yo mismo. Jesús Es el que es, al igual que Yo Soy el que Soy.

3.- El encuentro con Jesús, un encuentro que transforma.

Quiero definir primeramente lo que entiendo por encuentro; empezaré diciendo que este se realiza en el encuentro del nosotros en el que el yo y el tu se descubren participando.

Y esto lo constatamos en formas elevadas de realización como el diálogo y el amor. El diálogo, fenómeno de comunión, de participación activa en una verdad que no posee ninguno de los interlocutores, pero que ilumina en ese encuentro. Y el amor en su expresión más pura que no busca ni la posesión ni la fusión, sino la entrega, la oblación que permite y suscita la oblación del otro. Un amor de comunión, que aparece como un fenómeno de participación en una generosidad que viene de más allá de nosotros mismos y se desborda en la oblación. Por eso tal encuentro entre las personas apunta más allá de ellos mismos, a un tú absoluto, a un encuentro supremo.

Además, el encuentro se presenta como una enorme promesa que sólo se puede desgranar en respuestas concretas que en modo alguno consiguen cumplirla adecuadamente.

En el umbral del encuentro sentimos la necesidad de callar en un silencio venerativo. Cada encuentro nos parece inesperado a la vez que nos parece la repetición de algo que ha sido desde siempre. Y por último, ningún encuentro nos resulta definitivo, sino que cuanto más vivamente es vivido más abre el horizonte a nuevos encuentros y nos prepara para recibirlos.

Desde esta definición, en el encuentro con Jesús, yo me convierto en cada uno de los interlocutores de Jesús que aparecen en los pasajes del evangelio, pasando a ser sujeto activo de ese encuentro, asumiendo todas y cada una de las luces y sombras que aparecen. Me descubro a mí mismo frente a frente con Jesús, Hijo de Dios, Dios mismo.

Me descubro en ese amor de comunión desbordante que provoca una ruptura de nivel y que supone no sólo una transformación de la conducta, sino de la existencia misma. Me hace ver mi existencia con otros ojos, que la confieren un nuevo sentido. Me introduce en la esfera de lo sagrado, que se caracteriza por ser la esfera de lo incondicional, lo definitivo, lo radicalmente último. Esfera de lo sagrado que podríamos designar como misterio tremendo y fascinante.

Es el Misterio de un Jesús que con su paso por la vida, nos evoca una realidad totalmente otra, más allá de lo conocido y lo desconocido, lo totalmente otro, pero a la vez lo más cercano a mí mismo,

sumergiéndome en la realidad de mi ser mismo, de conocerme a mí mismo, en mi donación al otro (Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo).

Este encuentro es bi-unívoco, es decir a una mayor profundización e intimidación de Dios corresponde una mayor interiorización del encuentro por parte del hombre. Dios se me revela más y más por que yo me interiorizo más y más y en esa interiorización descubro más a Dios.

Se implanta en mí un estilo de vida que baña mi existencia en un clima de confianza y libertad interior; el Amor es el amor efectivo para todos los hermanos; la Esperanza de una transformación radical de todo, de un nuevo mundo para todos. Se implanta en definitiva la convicción fundamental en la vivencia de que en Jesucristo el hombre se ha encontrado, y ha entrado en la relación viva y personal con el Dios vivo.

4.- Del Jesús Crucificado al Jesús Resucitado.

Terminemos ya con la imagen de la cruz, como símbolo del cristianismo.

Con esta afirmación quiero una vez más romper con la concepción tan profundamente arraigada de la vivencia de un cristianismo cargado de dolor, sufrimiento y aceptación de la falsa voluntad de Dios.

El Dios de Jesucristo, o Jesucristo Hijo de Dios, Imagen viva del Dios Vivo, es el Dios de los vivos, como diría San Pablo. Y es un Dios Unidad que nos trasmite y ejemplifica que la existencia humana es una existencia de Unidad del Ser, a la que se llega cuando en nuestro interior, en nuestra absoluta mismidad somos capaces de superar los dualismos de la mente-cuerpo, como algo independiente y separado, para dar paso a la nueva concepción del individuo como totalidad del existir, superando la muerte y resucitando al hombre nuevo, pleno de ser que controla su mente y sus emociones, por que se ve así mismo desde ese nuevo plano que le confiere la experiencia de la resurrección, esto es volver a la Vida. Desde aquí se entienden todos los casos que se nos relatan de curaciones, resucitaciones de Jesús. Su palabra, es la que nos Re- Suscita, nos devuelve a la Vida por que nos enfrenta a nosotros mismos desde el espejo del Amor, de la Vida, de la Libertad, de la Justicia... Que somos cada uno de nosotros y que debemos descubrir y vivir plenamente.

Jesús pasa por la muerte, por el dolor, por las sombras, pero pasa por ellas para superarlas en el gozo de saberse El Hombre Nuevo cuando la Luz viene a él, del mismo modo que nosotros nos sabemos y

experimentamos hombres y mujeres nuevos cuando superamos el poder de la mente, nos hacemos cargo de nuestras emociones y conjugamos de nuevo el verbo ser desde lo profundo de nosotros mismos afirmando Yo Soy el que Soy y quiero Ser en Plenitud de mi existir.

Cuando mi existencia la vivo desde la unidad y totalidad del ser con todo lo que existe y es, cuando me descubro y percibo como parte de esta Total Realidad en la que me encuentro dentro de mi psico-cuerpo, y no me siento ni más ni menos que cualquier otra criatura del cosmos, soy capaz de superar la aparente realidad física que me creo ser, y de este modo instalarme en la Vida de modo permanente y no en la muerte entendida como lo último y final. La muerte, la sombra... es tránsito, es paso.... A la Nueva Vida vivida conscientemente, en atención plena.

No es casualidad que en los relatos de la resurrección se nos presente a Jesús compartiendo comida (pan y peces según que relato) con los discípulos a los que se les aparece. Pan y peces, símbolo de los primeros cristianos y no la cruz.

Nos indica cómo el símbolo del pan, presente en el milagro de la multiplicación, en la cena con sus amigos, en numerosas ocasiones que se junta con personajes, es símbolo de vida, es el nuevo alimento que se transforma en el pan de la palabra, de la Palabra de la Buena Noticia, del Nuevo Nacimiento al que todos estamos llamados.

Dejemos atrás nuestras categorías mentales tan fuertemente instaladas en nosotros. Demos un paso más, abramos nuestro ser a todo aquello que me hable de mí mismo, de mi más íntimo ser, para ayudarme a crecer, para superar mis pre-juicios, mis esquemas tan fuertemente arraigados. Abrámonos a lo nuevo, a lo que me **remueva** y **renueva**, si miedos ni cobardías. ¿Acaso tengo algo que perder? "El que pierda su vida por mí, la ganará", decía Jesús. Pero es lo mismo si el que me lo dice es Buda, el Tao, o Advaita. Al final, soy yo mismo frente a mí mismo, sin intermediarios de ninguna clase. Esa es mi verdadera resurrección, transmutar mi ser personal del hombre viejo al Hombre Nuevo.

5.- El Mensaje de Jesús, mensaje del Reino de las Bienaventuranzas.

Dichosos los que eligen ser pobres,
Porque esos tienen a Dios por Rey.

Dichosos los que sufren,
Porque esos van a recibir el consuelo.

Dichosos los no violentos,
Por que esos van a heredar la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
Porque esos van a ser saciados.

Dichosos los que prestan ayuda,
Porque esos van a recibir ayuda.

Dichosos los limpios de corazón,
Porque esos van a ver a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz,
Porque a esos los va a llamar Dios hijos suyos.

Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad,
Por que esos tienen a Dios por Rey.

(Mt 5,1-10; Lc 6,20-23).

Jesús nos sitúa con estas palabras, ante un hecho singular. Sale del desierto, tras su proceso de cuarenta días de crecimiento personal, y fundamenta toda su predicación, todo su mensaje en estos ocho valores, para salir al encuentro de las culturas de todos los tiempos.

Al comenzar todas ellas con la palabra "dichosos", las bienaventuranzas son felicitaciones, y podríamos leerlas en la clave de puesto que eres pobre de espíritu, puesto que eres manso, puesto que pones tu esperanza de liberación en Dios, puesto que... por todo ello posees el espíritu del evangelio y perteneces ya al Reino de Dios.

Las bienaventuranzas son la buena nueva. Así se han escuchado desde siempre, incluso aquellos más alejados y opuestos a la idea de Dios han podido rechazar el resto del evangelio pero no el exordio del sermón de la montaña.

No disminuamos su valor dejándolas en meras exhortaciones morales, ni las reduzcamos a revelaciones de ciertos atributos divinos. Las bienaventuranzas son el Espíritu del Evangelio, y el Espíritu del Evangelio no es otro que el Espíritu de Dios.

Ya hemos dicho que las bienaventuranzas son buena nueva. Guardan relación directa con el misterio de Dios como expresión de felicidad.

Me gustaría ayudar a entender un poco más esto de las bienaventuranzas, y para ello voy a utilizar la imagen de la no-bienaventuranzas o las antivienabenturanzas.

Frente a la sabiduría de Dios, la sabiduría del mundo en cuanto opuesto a Dios.

Dichosos aquellos que atesoran sin fin, los que adoran al dinero, los que lo guardan para si, levantando murallas a su alrededor sin amor. Dichosos los ricos individuos o naciones, ricos en bienes, poder o en saber, que hacen del egoísmo su regla sagrada. Dichosos todos ellos porque el reino de la tierra es suyo.

Dichosos los violentos, los dominadores, los rabiosos, los tiranos, los que no piensan más que en meter en la cárcel al prójimo por su propio interés. Dichosos aquellos cuyo éxito se levanta sobre un montón de víctimas; alcanzarán todo lo que querían, a saber, poseer la tierra.

Dichosos los antiafligidos, los que se niegan a sufrir, los que combaten la aflicción con la despreocupación, el placer y la risotada. Dichosos los que huyen de ellos mismos. Dichosos los que ponen su tranquilidad a salvo y sienten horror de los problemas. Dichosos ellos por que han recibido ya su consolación.

Dichosos los que aplastan a los demás bajo su injusticia, insensibles a la culpa y al arrepentimiento. Dichosos los colonizadores bajo cualquier aspecto y pretexto y los que explotan de cualquier y por todas las maneras. Dichosos ellos por que no se les escapará nada.

Dichosos los antimisericordiosos que nunca dan a nadie una oportunidad o si la dan es solamente por su interés. Dichosos los insensibles, impenetrables, inaccesibles, los que se recrean en lo que destruyen y no quieren reconstruir. Dichosos los arrivistas, los que hacen carrera los que empujan para que otros retrocedan. Dichosos todos ellos porque serán lobos entre lobos.

Dichosos los hombres con careta, los del puñal en la espalda, los artificiales, los de la cara oculta. Dichosos los maquiavélicos, cínicos ... dichosos todos ellos porque siempre llegarán los primeros no dando nunca su cara oculta o dándola sólo en su propio provecho.

Dichosos los que dividen, los que fomentan la disensión, los que promueven las guerras, los que siembran discordia. Dichosos ellos, porque después de haber dividido podrán reinar sobre todos ellos.

Dichosos los hombres que persiguen a su prójimo. Dichosa la clase social que domina sobre toda la sociedad, la bloquea, se aprovecha de la situación de inferioridad de los demás. Dichoso el que se burla de los derechos humanos, el que no tolera la oposición. Dichosos todos ellos por que les pertenece el reino de la tierra.

Ahora si podemos entender que el ser humano no está en su existencia sin raíces y sin apoyo. La realización de las bienaventuranzas, ser pobre, sufriente, no violento, justo, solidario, limpio de corazón, pacífico y fiel a si mismo, es el umbral que todos queremos alcanzar, y que la humanidad misma desea y anhela como Felicidad Absoluta, como imagen de la Ciudad Ideal en la que todos los seres humanos convivan en paz y armonía.

La Ciudad del hombre que se cuida de los pobres.

La Ciudad del hombre que controla sus violencias.

La Ciudad del hombre que se ocupa en liberar al hombre.

La Ciudad del hombre que vela por sus derechos, individuales y colectivos.

La Ciudad del hombre que da oportunidades a los desventurados, oprimidos, desfavorecidos.

La Ciudad del hombre que huye de la mentira y busca la integridad.

La Ciudad del hombre la Ciudad de la Paz.

La Ciudad del hombre abierta a lo trascendente.

Pero es verdad que las bienaventuranzas nos hacen movernos entre la paradoja del deseo y el temor. El deseo de ese ideal humano y el temor de su realización, del desapego, el anonadamiento, la kénosis. Y esto es su seducción. Alcanzar en uno mismo este "estado de perfección", que dirían los místicos.

Por otra parte las bienaventuranzas son el conjunto de las situaciones por las que pasamos cada día los seres humanos en nuestra vida cotidiana. Situaciones en las que el mismo Jesús se encontró y que nos

señalan el camino que él mismo nos marcó. Riqueza-pobreza, violencia-mansedumbre, esclavitud-liberación, injusticia-justicia, dureza-misericordia, impureza de corazón-limpieza de corazón, guerra-paz, unidimensionalidad-bidimensionalidad del ser.

Este es el camino por el que debemos pasar en nuestra evolución hacia la consecución de nuestro ideal del ser. Camino único, personal e intransferible, que pasa necesariamente por el vaciamiento, la kénosis de uno mismo, para plantarnos con las ocho raíces de las Bienaventuranzas dando nacimiento al ser nuevo que llevamos dentro y debemos dar a luz.

Profundicemos brevemente en cada una de las Bienaventuranzas como camino del Ser esencial, aportando algunas pinceladas que nos ayuden a su puesta en realidad en nuestras vidas.

Dichosos los pobres....

Como todas la bienaventuranzas, debemos partir de la concepción del ser humano como un ser bidimensional.

Ante Dios, Lo Otro, El Ser, llamémoslo como queramos, todos somos iguales, que el hombre vale por lo que es y no ante todo por lo que tiene. Vaciémonos pues de nuestro ego racional, silenciamos nuestros apegos del tener y abrámonos a la radical pobreza del silencio meditativo del Ser.

Vaciémonos sinceramente de nuestras ataduras materiales, de nuestras ataduras del psicocuerpo, de la mente y hagámonos pobres de solemnidad, para alcanzar la riqueza del SER.

Dichosos los que sufren....

La violencia es un hecho cultural masivo. Ha dejado de ser artesanal, ha sido científicamente estudiada, experimentada, programada y subvencionada. Existen redes de violencia.

La violencia, entendida como el gesto de dominar, haciendo daño físico o moral al prójimo, aunque sólo sea temporalmente y en un punto limitado, puede tener su origen en mi miedo a un poder que quiere y puede dominarme o porque quiero apoderarme de él y controlarlo.

El impulso de la ambición de poseer, la violencia al servicio de la conservación de unos bienes... puede desencadenar...todo el proceso de la destrucción...de uno mismo.

Esta violencia me violenta y sufro. Rompamos la espiral de violencia. Rompamos nuestra propia violencia cultivando el desapego, la no posesión de mi mismo ni de los demás. Cultivemos el Tengo un cuerpo pero no soy mi cuerpo, tengo deseos pero no soy mis deseos...., para superar la bipolaridad de mis emociones y mis razones que tanto y tanto me violentan.

Dichosos los no violentos....

Continuamos en la línea de la falta de justicia, de la imperante violencia, de la tensión que vivimos en nuestra sociedad entre alienación y liberación. Alienados por tantas y tantas cosas que ya forman parte de nuestro paisaje humano, las tenemos integradas como algo necesario para nuestro vivir cotidiano. Y si tenemos el más mínimo atisbo de liberación sentimos la necesidad de escapar incluso violentando-nos con falsas liberaciones. No nos adentramos en el Desierto de nuestro interior para profundizar y superar las tentaciones. Nos quedamos en los múltiples desiertos de... nuestro vacío existencial, de la pérdida de sentido... y nos seguimos haciendo violencia sin encontrar el Ser que soy. No me adentro en el abandono o la pérdida de mi mismo, no me sumerjo en mi propia pobreza, para descubrir mi riqueza.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia....

Nuevamente nos encontramos unidas pobreza, sufrimiento, violencia en la justicia...¿distributiva?. Pero debemos ir más allá y superar nuestro concepto de justicia distributiva, buscando la justicia-santidad-vida.

Para ello debemos rehacer el mundo. Rehacer nuestros mundos y universos en los que todos nos creamos nuestras leyes, justicias nuestros propios órdenes... Todo ser humano se crea su entorno, su mundo. Y más allá se nos crean los mundos y universos de la técnica, las artes, las ideas, de los astronautas, de los físicos..... y todos ellos con su ley y su justicia. Todos estos mundos ejercen su poder de culpabilización.

Descubramos que nuestros mundos nos son nuestros mundos. Que la realidad son proyecciones de nuestras ideas, y que debemos superarlas para ir más allá, al Verdadero y Único Mundo y su Justicia.

No juzguéis y no seréis juzgados.

Dichosos los que prestan ayuda.....

Nos encontramos frente al ser humano herido.... Heridas colectivas y heridas personales. La deuda externa, o las rupturas familiares. Los prejuicios y las desilusiones...son heridas. Las heridas del absurdo y del vacío existencial, la envidia, las frustraciones existenciales... El ser humano recrea el mundo a su imagen, de ahí la reverberación de tanta herida interior en nuestro mundo. Un mundo desfigurado que huye y huye sin saber a dónde, por que no nos prestamos ayuda a nosotros mismos. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y al prójimo como a ti mismo. ¿Realmente sabemos amarnos?

Si así fuera, nuestra misericordia con los demás sería entrañable. Nos daríamos una segunda oportunidad y se la daríamos a nuestro prójimo.

Amarnos a nosotros mismos, transfigurarnos desde lo hondo de nuestro ser para dar a nuestro mundo un nuevo rostro de Amor.

Dichosos los limpios de corazón...

Pero... ¿qué es lo que hay en el corazón del hombre? Dualidad permanente. Vida-muerte, realización-envilecimiento, narcisismo-destrucción, amor-odio...

Y la limpieza de corazón pasa nuevamente por la superación de nuestro ser dual en la búsqueda de la unidad del ser. Superar las antibienaventuranzas dando paso a la mirada limpia de la inocencia infantil, recuperar el no-juicio, instalarnos en la atención sostenida de nuestra pureza del Ser, para limpiar así el resto de corazones.

Dichosos los que trabajan por la paz...

No tomemos el término paz como ausencia de guerra. Circunscribámoslo al orbe semita, y tomemos la palabra **Shalom** de la que Jesús es portador. La paz evangélica es la irrupción misma de Dios.

Un Dios que es Totalidad, plenitud, ese estado que cuando se alcanza se siente la paz, el Shalom.

Y esta bienaventuranza pasa como todas por la construcción del resto de las bienaventuranzas.

Conseguiremos la paz verdadera, el Shalom eterno, cuando nuestro ser sea uno consigo mismo y con Dios. Y nuevamente la kénosis nos llevará a la consecución de La Paz interior y por ende de la exterior. La paz no es otra cosa que la renuncia profunda del ego.

Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad...

Esta es la bienaventuranza de los grandes contrastes, de los combates decisivos. Frente a un mundo consagrado a lo temporal y sólo a él, un mundo abierto a la trascendencia. Frente a un mundo visible que se toca y se ve, y cuyos límites se rechazan, un mundo invisible que ni se toca ni se ve pero exige una fe llena de coraje. Las propias palabras de Jesús : "el que no está conmigo, está contra mi".

Cuando he realizado la experiencia profunda del ser, y me he descubierto a mí mismo, experimento las bienaventuranzas, y las hago tan mías que la fidelidad a la palabra vivida, se convierte en forma de vida.

Me convierto en testigo vivo de mi experiencia, atestiguo con mi vida la verdad del ser, la alegría de vivir, vivo la riqueza de la **pobreza**, soy consuelo de los que **sufren**, la **justicia** instaura la **paz** y la **no violencia** en mi corazón, mi **misericordia** es la **solidaridad** sin fronteras, mi **corazón limpio** es el espejo de mi **paz** interior, y mi **corazón fiel**, lo es a la dicha de las bienaventuranzas.

A modo de epílogo.

Dichosos todos vosotros que de una forma u otra buscáis en vuestro interior, al ser pleno que sois, por que algún día lo encontrareis. Y lo encontrareis centuplicado, por que el amor con el que buscáis dará su fruto y este no es otro, que el encuentro con el Amor que sois, con la Bondad que sois.

Dichosos todos vosotros por que lo que habéis encontrado, se os ha regalado, y a su vez vosotros lo regaláis y ayudáis a que otros busquen y encuentren.

Gracias a ti, amigo lector. Sea cual sea tu camino, nos encontraremos en la Verdad del ser que somos. Contribuiremos a la evolución de la conciencia del ser humano, dando un paso más en este camino hacia la Plenitud del Ser.

Que la Paz habite por siempre en ti.

San Lorenzo de El Escorial, 10 de Mayo de 2009.

